

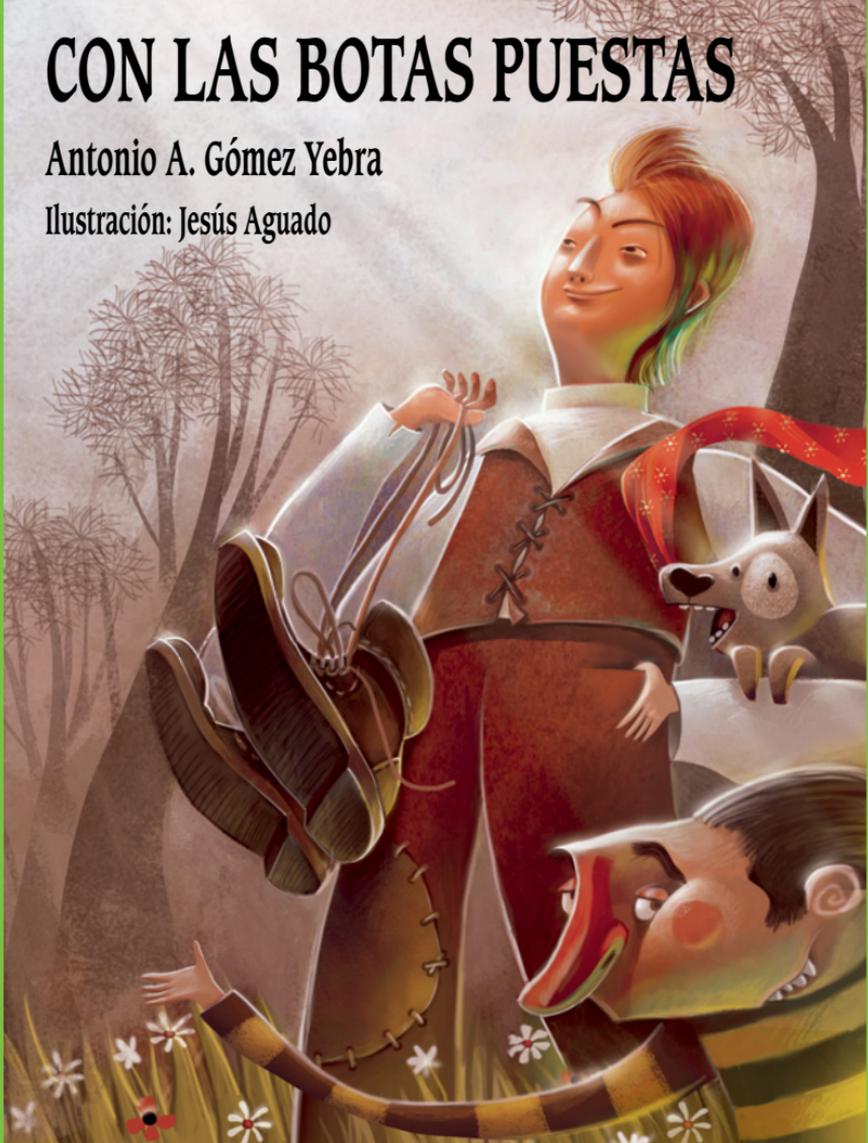


E L D U E N D E V E R D E

# CON LAS BOTAS PUESTAS

Antonio A. Gómez Yebra

Ilustración: Jesús Aguado



ANAYA

*Para la explotación en el aula de este libro,  
existe un material con sugerencias didácticas y  
actividades que está a disposición del profesorado  
en nuestra web.*

© Del texto: Antonio A. Gómez Yebra, 2013

© De las ilustraciones: Jesús Aguado, 2013

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2013  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

1.ª edición, marzo 2013

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-678-4062-9

Depósito legal: M-2426-2013

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas  
por la Real Academia Española en la nueva  
*Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta  
obra está protegido por la Ley, que establece penas  
de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes  
reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren  
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística  
o científica, o su transformación, interpretación  
o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte  
o comunicada a través de cualquier medio,  
sin la preceptiva autorización.*



**EL DUENDE VERDE**

Antonio A. Gómez Yebra

**CON  
LAS BOTAS  
PUESTAS**

Ilustración: Jesús Aguado

# Q U E R I D O L E C T O R

He dicho en más de una ocasión que escribir es consecuencia de leer. Yo me convertí en lector voraz a los nueve años, y no he dejado de leer ni un solo día. Algún tiempo después, empecé a escribir.

En este libro, queridos lectores, vais a encontrar recuerdos de algunas de mis lecturas, de vuestras lecturas, de los cuentos que habéis oído, incluso visto en el cine.

Con un poco de paciencia localizaréis cuáles son: títulos, personajes, seres mitológicos, frases, objetos mágicos, e incluso se alude a un importante poeta español del siglo xx. La acción se desarrolla en una época ajena al tiempo, donde muchos de

nosotros hemos vivido en  
nuestros sueños.

Empecé a contar *Con las botas  
puestas* a mi hija María a la  
hora de dormir, improvisando  
sobre la marcha. Pero pronto  
me di cuenta de que merecía la  
pena escribirlo. Y aquí está.  
Prestad atención, porque en  
esta, como en otras historias,  
no todo es lo que parece.

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Antonio López de Letona". The signature is highly stylized and cursive, with large loops and a horizontal line extending to the right.

*Para María y Margarita,  
mis hijas menores,  
mis flores.*

# I

---

## **DONDE EL VIEJO MÉDICO SE DESPIDIÓ DE ESTE MUNDO SIN DEJAR UN CÉNTIMO A SUS HIJOS**

**E**STO era una vez, hace bastante tiempo, un viejo médico que tenía tres hijos, los cuales se llevaban entre sí tres años. El mayor tenía veinticuatro; el siguiente, veintiuno, y el tercero, dieciocho. Su mujer había fallecido cuando el menor contaba solo quince años.

Los tres hermanos no se parecían en nada. El mayor, de piel muy blanca y pelirrojo, tenía el cuerpo pintado con miles de pecas de color marrón. El mediano era muy moreno, y su cuerpo estaba cubierto por una pelambreira espesa, como un auténtico oso. El más joven era rubio, con el pelo liso, y una finísima barba casi transparente adornaba su barbilla.

Aquella tarde, el viejo médico no se encontraba nada bien. No, no se encontraba nada, pero nada bien. Le dolía todo el cuerpo, de arriba abajo, de la cabeza a los pies. No había hueso ni músculo que no le doliera.

Como era médico, sabía que aquella era una señal muy clara: se iba a morir, no había solución. Así que lo mejor era despedirse de cada uno de sus hijos y después abandonar este mundo por el que había pasado haciendo el bien siempre que había podido.

De modo que, con las escasas fuerzas que le quedaban, se puso a llamar a voces a su hijo mayor, y luego se acostó en su cama.

—¡Santiago, Santiago!

No habían pasado ni dos minutos cuando llegó Santiago. Al chico le gustaba mucho cocinar, y estaba haciendo pan para el día siguiente cuando su padre lo llamó, de modo que llegó cubierto de harina.

Santiago se asomó por la puerta de la habitación de su padre y lo vio acostado. Dio tres pasos hacia la cama y le habló.

—¿Me ha llamado, padre?

—Sí, hijo mío, sí.

—¿Por qué se ha acostado tan temprano? ¿No se encuentra bien?

Santiago estornudó y salpicó de harina a su padre. Este se la sacudió como pudo, y le contestó.

—No me encuentro nada bien, hijo, no. Creo que me voy a morir.

—¿Qué se va a morir ni a morir, padre? Usted tiene que vivir noventa o cien años.

—No, hijo, no; estás muy equivocado. Ni siquiera voy a vivir nueve o diez días más. Dos o tres, y ya está.

—Escuche, padre: le voy a traer un jarabe de esos que tiene en su armarito de cristal, y en seguida se encontrará estupendamente.

—Ni hablar. No pienso tomarme ninguna medicina.

—¿Y una manzanilla, que entona muy bien el cuerpo?

—Tampoco.

—¿Y un...?

—No me voy a tomar nada, hijo. Cuando uno se muere, no hay nada que hacer. Te lo digo yo, que entiendo de eso.

El hijo mayor estuvo callado unos instantes, reflexionando, y quizás esperando también que su padre le dijera algo más.

—De acuerdo. ¿Por qué me ha llamado, entonces, si no necesita nada?

—Te he llamado, hijo mío muy amado, porque antes de morirme quiero hacerte un regalo.

—Ah, bueno, si es eso, no se preocupe por mí... No tiene que darme nada. No necesito nada.

—Siempre hay algo que se necesita, hijo. Yo he sido un médico de pueblo, he servido a mis convecinos, y estos me han ido pagando como podían, que no era gran cosa. Hemos vivido medianamente bien, pero ahora me doy cuenta de que no he ahorrado ni un céntimo para dejaros algo de dinero a vosotros.

—Ya le he dicho que no tiene por qué preocuparse. Creo que va siendo hora de irme por ahí, a algún otro sitio, a trabajar de cocinero. Es un buen oficio, y no se me da mal.

—Es verdad, es verdad. Tu madre era una gran cocinera, y tú has heredado esa cualidad. Vete, pues, cuando quieras, pero no te olvides de llevarte a Blanco, el caballo. Será tu herencia, porque tal vez tengas que ir muy lejos. Yo ya no voy a visitar a ningún enfermo más.

—Gracias, padre. No lo olvidaré. Pero ahora voy a seguir con el pan de mañana, o la masa se me estropeará. ¿Quiere algo más?

—Sí, hijo, dile a tu hermano Hernando que quiero hablar con él.

Santiago se agachó, besó a su padre en la frente, le acarició las manos y salió de la habitación.

No habrían pasado ni cinco minutos cuando entró Hernando, con las manos y la ropa llenas de tierra, con el pelo totalmente enmarañado, y sudando, porque llegaba de trabajar en el campo, que no se le daba mal.

Hernando se asomó por la puerta de la habitación, restregándose las manos en la pernera del pantalón para intentar limpiarlas de tierra.

—¿Puedo pasar, padre?

—Pasa, hijo mío, pasa. Te estoy esperando.

Hernando siempre había sido bastante tímido, aunque su fuerza era muy superior a la de cualquiera de sus hermanos.

El mozarrón dio dos pasos hacia la cama de su padre y se detuvo.

—Me ha dicho mi hermano mayor que no se encontraba usted bien y que quería hablar conmigo.

—Así es, hijo mío muy amado. Creo que me voy a morir.

—No, padre, usted tiene que dar mucha guerra todavía, ya lo creo, no se va a morir.

—No, no voy a dar ninguna guerra. A mí la guerra no me gusta. Nunca me ha gustado. No voy a vivir más que dos o tres días.

—Vaya, padre, lo de la guerra era una forma de hablar. No quiero que usted se muera.

—Ya lo sé, hijo mío, pero la vida tiene un principio y un final. Yo estoy muy cerca del final.

—Padre, ¿quiere que vaya al pueblo de al lado a buscar a un médico? Iré por un atajo y tardaré poco.

—No es necesario, Hernando. Yo soy médico y todavía sé lo que he de hacer. Y no es mucho: esperar.

Hernando estaba verdaderamente nervioso. No hacía más que frotarse las manos, llenas de callos, intentando quitarse la poca tierra que ya les quedaba.

—¿Qué puedo hacer yo, entonces, padre?

—Escucha, hijo mío: no he sido un hombre ahorrador. Y no tengo un solo céntimo. Pero te voy a regalar la cabra Amaltea. No es demasiado grande ni está demasiado gorda, pero da una leche muy sabrosa. Con ella puedes hacer quesos y, ¿quién sabe?, vendiendo los quesos puedes comprarte una ternera. Cuando la ternera se convierta en una vaca tendrás mucha más leche para hacer más quesos. Y con el tiempo puedes montar una granja, o incluso dedicarte al negocio del queso y la mantequilla. ¡Cuántos ricos han empezado con menos!

—Sí, padre, tiene usted razón. Me quedaré con la cabra y haré tal como dice. ¿Por qué no?

Hernando, que tenía mucho respeto a su padre, empezó a recular hacia la puerta de la habitación.

—Otra cosa más, hijo mío... —Hernando se detuvo un momento para escuchar atentamente lo que su padre pretendía decirle.

—¿Sí, padre?

—Dile a tu hermano pequeño que venga a verme, pues quiero hablar con él.

—Así lo haré, padre.

El bueno de Hernando salió de la habitación tropezándose con la puerta, y fue en busca de su hermano.

Una hora más tarde, Estefan, el más joven de los hijos del médico, entró a todo correr en la habitación de su padre. Llegaba con el pelo mojado, porque estaba bañándose en el río cuando Hernando pudo localizarlo después de dar vueltas por toda la casa y por sus alrededores.

Rápido como el viento, Estefan se acercó a la cama y se arrodilló junto a su padre, que le acarició cariñosamente la cabeza.

—¿Qué te pasa, papá? Me ha dicho Hernando que no te encuentras bien.

—Es verdad, hijo, es verdad. Creo que voy a morir-me.

—No, papá, tú no te vas a morir. Te voy a montar en la silla de Blanco y te voy a llevar hasta la ciudad. En el hospital te curarán.



—No, hijo, no, lo que yo tengo no se cura con nada. No tiene solución, yo lo sé.

—¿Qué puedo hacer entonces?

—Nada, hijo mío, nada.

Estefan tenía ganas de llorar, pero decidió ser fuerte para no entristecer a su padre, al cual quería más que a nadie en el mundo.

—¿No quieres que te traiga alguna medicina? ¿Quieres un poco de agua, alguna cosa?

—Deja de preocuparte, hijo mío. No te he llamado para pedirte nada, sino para darte un recuerdo mío antes de morir.

Estefan, en cuclillas, muy cerca de su padre, estaba pendiente de cada una de sus palabras.

—Escucha, hijo: como no he pensado nunca en el futuro, no he ahorrado dinero alguno que poder daros a vosotros.

—Pero, papá —protestó el joven—, nunca hemos pasado necesidades, y lo único que yo quiero es que te pongas bien.

—Ya, pero es imposible. De modo que atiende bien. A tu hermano mayor le he regalado el caballo; a Hernando le he regalado la cabra; y para ti, hijo mío muy amado, solo me queda la perra, que hace unos días que no veo, seguramente porque habrá parido y estará con sus cachorros no muy lejos de aquí. Es una buena perra, quizás vendiendo los cachorros puedas conseguir algún dinero para poder viajar a cualquier sitio y ponerte a buscar un empleo. Eres el más listo

de los tres, y sabrás hacer lo más conveniente. Confío en ti.

—Sí, papá, descuida. Ya me las apañaré. Pero ponte bien.

Una semana más tarde, el padre abandonó este mundo; los tres hermanos se reunieron y decidieron buscarse la vida por su cuenta.

Santiago se ofreció a Estefan para llevarlo a la grupa de Blanco hasta la ciudad, pero el más joven de los tres hermanos desechó la oferta porque aún no había localizado a la perra, y no quería dejarla abandonada.

Hernando había decidido hacerse pastor, y ya había encontrado trabajo en el pueblo: cuidaría un rebaño de cabras en el cual iría la suya.

Los dos hermanos mayores se marcharon, y Estefan se puso a buscar a Bonita por los alrededores de la casa.

Finalmente, ya casi anochecido, encontró a Bonita entre unos matorrales próximos al río. Efectivamente, había dado a luz tres cachorros, pero parecía que la perra no se encontraba nada bien.

El joven se agachó para verla mejor y le acarició la cabeza.

—Hola, Bonita. ¡De modo que estabas aquí!

La perra intentó levantarse, pero no pudo hacerlo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás herida?

No hubo forma de reanimarla. La perra se murió, y Estefan se quedó a cargo de tres cachorritos mal alimentados por los que le iban a dar muy poco o nada.

El joven fue a buscar un poco de leche, y cuando volvió solamente encontró a uno de los cachorros con vida.

—¡No hay derecho! —se quejó, sintiendo que todo se venía abajo—. ¿Por qué, por qué? ¿Qué han hecho? ¿Qué he hecho yo?

Estefan se prometió que salvaría al cachorro, al que puso por nombre Único, de esa forma cumpliría el deseo de su padre, a quien tanto había querido.

Pasaron muchos días así. Estefan cuidaba del perro y vivía en la misma casa de siempre.

Hasta que una mañana, casi un mes más tarde, llegó el dueño y le dijo que la casa era suya, y que, o le pagaba el alquiler, o tendría que irse a vivir a otro sitio.

Estefan se sintió más solo que nunca. La gente del pueblo se estaba portando muy bien con él, pero sabía que no podía permanecer allí durante más tiempo.

De modo que vistió sus mejores ropas, cogió a Único en brazos, se despidió de algunas vecinas y se puso en camino hacia la ciudad.





## EL DUENDE VERDE

El padre de Estefan  
ha fallecido y le ha dejado  
en herencia su vieja perra  
y los cachorros que acaba  
de dar a luz.

Pero los animales están  
muy enfermos y solo  
sobrevive uno. Este can es  
muy especial y meterá en  
un buen lío al protagonista  
al desatar la maldición  
que pesa sobre una  
princesa. Brujas, enanos  
y conjuros completan esta  
sorprendente y divertida  
aventura.

Edad recomendada  
para este libro:

**A partir de 12 años**

ISBN 978-84-678-4062-9



9 788467 840629

[www.anayainfantiljuvenil.com](http://www.anayainfantiljuvenil.com)

1571186

**ANAYA**